

## HOMILÍA

### Domingo IV de Adviento – ciclo A

Mt 1, 18-24

#### a. Contexto

Dejando a un lado los textos vétero-testamentarios, este pasaje del evangelio ensancha nuestro corazón con el gran Don que Dios nos ofrece: su propio Hijo, hecho uno de nosotros: ¿no se lo vamos a agradecer?

Quiero ofrecer el servicio de ayudarme mí mismo y a vosotros a valorar el gesto divino con el que Dios nos está entregando lo que Él más quiere, su propio Hijo. ¿Cómo lo explica Mateo? A eso voy brevemente.

Hay tradiciones que identifican el autor de este Evangelio con el publicano que aparece en Mt 9, 9: Papías, en el siglo II, obispo, así lo dice. Con todo, tal identificación ofrece no pocas dificultades.

Entre ellas está cómo explicar sus lenguaje, que se parece más al de un cristiano ya de la segunda generación, familiarizado con el A.T., y experto conocedor de la lengua griega.

Alrededor de los años 80-110 se puede centrar la redacción del texto, ya que el clima de rotura que refleja entre cristianos y sinagoga no se da hasta años después de la destrucción de Jerusalén por los Romanos.

Precisamente en esos momentos el judaísmo se repliega sobre sí mismo, se hace más conservador, consumándose la rotura entre los judíos y la Iglesia cristiana.

Por otra parte, el obispo de Antioquía de Siria, Ignacio, cita en el año 110 en sus cartas el texto evangélico que nos ocupa este día. Por tanto, ahí están los límites temporales de la redacción del presente pasaje bíblico.

Las claves de este evangelio se centran en presentar a Jesús, Mesías (Ungido), Hijo de Dios, rotas las relaciones de los cristianos con el mundo judío.

De aquí que las controversias entre Jesús y los fariseos sean reflejo más que de la realidad histórica de Jesús, de la situación de la iglesia que reproduce y recibe el evangelio de Mateo, compendio de su fe en Jesús.

Esta comunidad cristiana de Mateo siente ya por aquellos años la pluralidad de sus componentes. Hay en ella grupos al estilo del Bautista, o como el justo José, expresión de lo mejor de Israel que acoge al Señor.

#### b. Texto

Se abre el pasaje (aunque no se lea aquí) con el relato de las genealogías de Jesús. Evidentemente, es un texto teológico, no se le puede pedir exactitud histórica porque no es la postura del evangelista.

Además, el inicio del Evangelio mateano resulta así mucho más rico desde el punto de vista de la fe en Cristo. El evangelista nos presenta aquí un relato de su nacimiento, la visita de los magos, la huida a Egipto... Sigue con la matanza de los niños de Belén, la vuelta de Egipto, y el establecimiento en Nazaret (cf. Mt 1,1-23). Son datos narrativos o históricos que sustentan la teología de la humanidad de Cristo.

Se trata de fe, no de crónica histórica: este hecho hay que asumirlo, y cuanto antes, mejor, ¿estás de acuerdo, amigo, amiga? Las festividades del Adviento son propicias para ello.

Tales relatos, llenos de coherencia literaria, nos colocan delante de Jesús, el Cristo, ya de hecho Salvador de la humanidad, del pueblo judío ante todo, y frente a las autoridades judías desde el principio.

En semejante evangelio, el de la infancia de Jesús, se encuentra ya adelantada toda la reflexión de fe del evangelista, que se irá desarrollando a lo largo de los 28 capítulos del texto.

El hecho, histórico ciertamente, del nacimiento de Jesús cobra así su significación religiosa sólo desde la fe, entroncado, además, en la anterior historia de salvación de Israel (las genealogías).

Está, además, la insistencia del autor en hacer ver que las profecías de salvación anunciadas en el A.T. se cumplen en Jesús (otra de las claves del pasaje de este domingo).

La acción sobrenatural de Dios, actuante en las generaciones anteriores al Mesías, se hace plena en Jesús. Este nacimiento se coordina con la anterior acción salvadora de Dios en la historia.

Pero no es, sin embargo, algo 'necesitado', exigido por la lógica histórica: más bien se presenta como el gran y definitivo Don de Dios, desde su gracia, desde su magnanimidad.

Hay muchos más aspectos a considerar: bástenos hoy lo arriba señalado para sentir el dedo de Dios en nuestros labios, y la sonrisa encantadora del Niño Dios que vendrá a regenerar nuestros cansancios.

### **c. Para la vida**

La bendición de Dios es para todos los pueblos, y pasa por Jesús, el Mesías. Por eso la fe no puede ser tan pobre como afirmar: yo ni robo ni mato, y creo que existe Dios, que da a cada uno lo suyo. Pero, ¿y Cristo?

Nosotros somos cristianos, no porque lo hayamos elegido, porque nos guste más la fiesta cristiana, porque nos agrade la liturgia festiva de la Iglesia. No.

Ser cristiano es, ante todo, caer en la cuenta, ser vitalmente conscientes de que Dios se nos entrega amorosamente en Cristo. Un cristiano se alegra con la ilusión de que Dios le nazca en sus manos.

Y se alegra de que le dé una vida nueva (mucho más que no matar o no robar, o ser sólo buena gente: mucho más...!). Y a esa riqueza no me es lícito renunciar.

Vamos, que no me vale quedarme con lo que me viene bien y despilfarrar el don de Dios, ¡que no...! Es que Jesús, como le dice el ángel a José, viene de Dios, del Espíritu.

Nadie lo ha puesto de moda, ni es un invento de la Iglesia: no hay salvación de Dios, no hay paz con Dios, si no es a través de Jesucristo, el Niño que nace en la historia.

Si Dios no se hubiera adaptado tanto, si no se hubiera hecho tan humano, podríamos quejarnos de la lejanía de Dios. Así, ponerle pegas al gran regalo de Dios es pecar de racionalistas, ser unos inconformistas.

No haríamos más que parecernos al adolescente que lo rechaza todo, cuando resulta que lo que necesita es mirar a su interior y dejarse querer por los que lo hacen de verdad: o sea, aprender a madurar.

¡Qué bien, si entendiéramos en este Adviento también nosotros lo que significa dejarnos amar del todo por Dios! Entonces creceríamos como personas y como creyentes.

Entonces aumentaría nuestra fe y nuestra alegría, y el sentido de nuestra vida: ¿a que sí...?

Antonio Jesús Rodríguez de Rojas, sdb

[antoniorojas.sdb@gmail.com](mailto:antoniorojas.sdb@gmail.com)